

EVOLUCIÓN DE LOS ESTRATOS MEDIOS URBANOS EN EL AREA METROPOLITANA DE ARGENTINA: UNA TRAYECTORIA DE CUATRO DÉCADAS

Horacio Chitarroni

IDICSO (Instituto de Investigación en Ciencias Sociales) / Facultad de Ciencias Sociales / Universidad del Salvador

hchitarroni@siempro.gov.ar

RESUMEN: Este trabajo indaga los cambios ocurridos en los estratos medios urbanos entre mediados de los años setenta y la actualidad, en términos de su peso al interior del conjunto de la estructura social, su segmentación interna, su potencial de movilidad ascendente y su exposición a la movilidad descendente.

Se examina la estratificación social en varios momentos diferentes: el correspondiente a la madurez de la industrialización sustitutiva de importaciones (1974), el que ya acusa los impactos de las políticas del gobierno militar (1980), dos momentos que corresponden al inicio y a la culminación del primer gobierno democrático luego de la dictadura (1985 y 1989), dos momentos que corresponden a la finalización de la etapa exitosa de la convertibilidad y a su declinación (1995 y 1998), el posterior a la crisis de la convertibilidad (2002) y los que recogen los resultados de la recuperación económica posterior (2006 y 2010).

La información examinada proviene de procesamientos propios de la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC), para el aglomerado Gran Buenos Aires.

La metodología empleada es la diseñada por OCDE (2011), según la cual los estratos medios están formados por aquellos hogares con ingresos per cápita comprendidos entre el 50% y el 150% del ingreso mediano.

PALABRAS CLAVE: Argentina-Estratificación Social-Movilidad Social-Estratos Medios

EVOLUCIÓN DE LOS ESTRATOS MEDIOS URBANOS EN EL AREA METROPOLITANA DE ARGENTINA. UNA TRAYECTORIA DE CUATRO DÉCADAS

1. Introducción

Este trabajo indaga los cambios ocurridos en los estratos medios urbanos entre mediados de los años setenta y la actualidad, en términos de su peso al interior del conjunto de la estructura social, su segmentación interna, su potencial de movilidad ascendente y su exposición a la movilidad descendente.

En el dilatado período considerado la estructura social urbana experimentó significativas transformaciones, en estrecha vinculación con las diferentes etapas por las que atravesó el país, tanto en términos políticos como económicos.

Desde el momento inicial de este estudio –mediados de los años setenta– se inicia un largo ciclo de declinación de los estratos medios urbanos –tal como aquí se los define en términos operacionales– que tiene su punto de inflexión en la crisis de 2001. Luego, en los años más recientes, se advierte una recomposición de su peso sin llegar a equiparar la situación de origen.

El punto de partida del estudio se ubica en el momento de mayor madurez del modelo de desarrollo basado en la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI), iniciado en los años treinta y vigorosamente impulsado por el primer gobierno peronista en la segunda posguerra.

En la primera fase de ese ciclo de desarrollo, el mayor crecimiento fue protagonizado por los trabajadores manuales urbanos integrantes de los sectores populares –en particular los obreros industriales– que mejoraron sus condiciones de vida y aumentaron su peso en el conjunto de la estructura social (Torrado, 1992; Palomino, 1988). Pero en la segunda etapa del desarrollo de ese modelo –especialmente con el gobierno desarrollista de Frondizi, en los años sesenta– tuvo lugar un sostenido proceso de expansión de los sectores medios: trabajadores asalariados no manuales de calificación técnica y profesional (Torrado, 1992; Dalle, 2010).

Hacia mediados de los años setenta, la política económica implementada por la última dictadura militar se propuso en forma no disimulada el quiebre de ese paradigma, con el propósito de propiciar la plena inserción de la Argentina en el mercado mundial y de quebrar la “alianza desarrollista” entre los sectores

de la burguesía industrial vinculada al mercado interno y la clase obrera fuertemente sindicalizada (Canitrot, 1981; Schvarzer, 1983).

Pero la Argentina no encontró un nuevo modelo de desarrollo. En lugar de ello, la apertura económica combinada con apreciación cambiaria propiciada por el gobierno militar favoreció la destrucción de industrias y la valorización financiera, a la vez que el crecimiento del endeudamiento externo (Beccaria, 2002).

Las consecuencias adversas de estas políticas introdujeron fuertes tensiones que se manifestaron, en los años ochenta, a la manera de restricciones al crecimiento y epilogaron en el episodio hiperinflacionario que puso fin al gobierno radical que asumiera con el retorno a la democracia. La evolución seguida por la estructura del empleo y la distribución del ingreso se mostró continuamente regresiva.

Estas tendencias operaron particularmente sobre los sectores populares, deteriorando sus condiciones de vida y disminuyendo su homogeneidad interna. Pero los estratos medios no dejaron de acusar el impacto temprano de estos cambios en términos de su tamaño y cohesión interior.

En los años noventa, durante el gobierno justicialista de Menem, la precariedad salarial se extendió fuertemente de la mano de las políticas de desregulación del laboral consistentes con las recomendaciones del consenso de Washington. El régimen de convertibilidad provocó muy severas consecuencias sobre el tejido social a través del deterioro del mercado de trabajo. La expansión de la informalidad y la precariedad, junto con el desempleo, fueron sus manifestaciones más ostensibles (Beccaria, 2002; Beccaria y Mauricio, 2001).

En la inauguración del nuevo milenio, las tensiones acumuladas se combinaron con una larga recesión y desembocaron en el colapso del régimen de convertibilidad y en la peor crisis de la Argentina moderna. Las consecuencias sobre el mercado de trabajo fueron inéditas y se manifestaron en un incremento sin precedentes del desempleo y la precariedad, ya considerablemente extendidas y, en consecuencia, con una profunda desmejora en la distribución de los ingresos, con la consiguiente alteración de las posiciones sociales.

Durante los noventa y con mayor profundidad al estallar la crisis de la convertibilidad los sectores medios redujeron su peso en el conjunto –por el empobrecimiento sostenido de una parte de ellos– al tiempo que incrementaron su heterogeneidad interna y vieron segmentarse hacia arriba su estrato superior, separándose del resto. La forma de la pirámide de estratificación social cambió, angostándose en su zona central y ensanchándose en sus extremos.

A partir de mediados de 2002 se inició una recuperación económica primero incipiente y luego cada vez más vigorosa, que tuvo una interrupción al estallar la crisis internacional de 2008, pero que recobró su ritmo en poco tiempo. La economía creció a tasas muy elevadas y con un fuerte impacto en el mercado laboral –especialmente entre 2003 y 2007– con predominio de la creación de empleo asalariado registrado en la seguridad social.

Este proceso dio lugar a una incipiente recuperación en la parte media de la pirámide social, que tendió a ensancharse por el desplazamiento hacia arriba de una parte de los estratos populares, que pudieron recomponer sus ingresos al recobrar mejores posiciones en el mercado de trabajo. Dicho proceso mantiene su tendencia hasta el momento actual.

2. La metodología empleada

Con la finalidad de describir y dimensionar estos cambios, se examina la estratificación social en varios momentos diferentes: el correspondiente a la madurez de la ISI (1974), dos momentos en que se acusan ya los impactos de las políticas del gobierno militar (1980 y 1982), otros dos que corresponden al inicio y a la culminación del primer gobierno democrático luego de la dictadura (1985 y 1989) y dos que corresponden, respectivamente, a la finalización de la etapa exitosa de la convertibilidad y a su declinación (1995 y 1998); luego siguen el que sucede inmediatamente a la crisis de la convertibilidad (2002) y los que recogen los resultados de la recuperación económica posterior (2006 y 2010).

La información que se presenta proviene de procesamientos propios de la Encuesta Permanente de Hogares del INDEC, para el aglomerado Gran Buenos Aires (el único que se relevaba en la fecha inicial).

La metodología aquí empleada es la que utiliza la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Según ella, la definición de los estratos medios se basa en la mediana de los ingresos per cápita de los hogares: “Los estratos medios están compuestos por los hogares con rentas comprendidas entre el 50% y el 150% del ingreso mediano de los hogares. Los hogares cuyos ingresos per cápita sean inferiores al umbral del 50% se identificarán como ‘desfavorecidos’; aquellos con ingresos superiores al techo del 150% se considerarán acomodados” (OCDE, 2011). Al interior de los estratos medios es posible asimismo establecer otra distinción: estrato medio-bajo cuyo ingreso per cápita se sitúa entre la mitad de la mediana y el valor mediano, y estrato medio alto, con ingreso per cápita ubicado entre la mediana y 1,5 veces dicho valor.

Asimismo, la OCDE calcula indicadores de potencial de movilidad social intrageneracional, cuyos valores permiten estimar las probabilidades de desplazamientos o recorridos *de larga o corta distancia* (Dalle, 2010)¹, ya sea ascendentes o descendentes.

El “índice de potencial de movilidad de la población desfavorecida” (PMD) es el cociente entre el ingreso promedio de que efectivamente disponen los hogares integrantes de los sectores bajos y el que necesitarían para ascender al estrato medio-bajo, es decir, equivalente a la mitad de la mediana. Así, es una suerte de “brecha al revés”, de manera que cuando el indicador se aproxima a la unidad la diferencia se estrecha: en el límite, si asume el valor de 1, todos los hogares abandonan el estrato “desfavorecido” y ascienden al estrato medio-bajo. Así como el valor desciende y se acerca a cero, en cambio, la distancia que los separa de esa frontera es más amplia: el límite teórico de cero se corresponde con la ausencia total de ingresos, al igual que sucede con la unidad en las brechas clásicas de pobreza.

El “índice de resistencia de los estratos medios” (RES) evalúa, en cambio, la distancia media que separa los ingresos efectivos de los hogares de los estratos medios que ganan entre menos del ingreso mediano y el 50% de dicha me-

¹Para este autor los de corta distancia –los más frecuentes– serían entre estratos contiguos en tanto que los de larga distancia implicarían saltar un estrato.

diana, frontera inferior del estrato. Es, pues, el cociente entre esa brecha y la mitad de la mediana. Valores altos y tendientes a la unidad en el RES indican mayor resistencia a la caída, es decir a la movilidad descendente. En tanto que valores bajos y tendientes a cero indican que hay “poca brecha” y el riesgo de salir hacia abajo de los estratos medios es elevado. “El RES es el reflejo inverso del PMD, ya que calcula el revés económico que sería necesario para arrastrar a los estratos medio-bajos al rango de ‘desfavorecidos’” (OCDE, 2011).

Con similar metodología es posible elaborar un índice que refleje la facilidad con la que los sectores medio-altos (hogares de los estratos medios con ingresos superiores a la mediana) pueden desplazarse hacia arriba incorporándose al conjunto de los sectores “acomodados”. Se trata del “índice de potencial de movilidad de los estratos medios” (PMEM). En este caso, el índice mide la brecha en que superan la mediana los hogares del estrato medio-alto en relación a la brecha requerida para acceder al sector acomodado. Cuanto más se aproxime a la unidad el valor de PMEM, más estrecha será la distancia que separe su ingreso promedio del límite inferior de los “acomodados” y, por lo tanto, mayor será el potencial de los estratos medio-altos para incorporarse a aquéllos.

Las unidades de análisis son siempre los hogares, por ser en ellos donde se define la capacidad de reproducción y acceso al bienestar por parte de de sus miembros (Torrado, 1992). Y el atributo considerado es el ingreso per cápita familiar (IPCF), que es definitorio de dichas posibilidades.

Esta metodología tiene fortalezas y debilidades que deben tenerse en cuenta. La principal ventaja que ofrece es la de ser sensible a las posiciones relativas. Es decir, a la movilidad social ascendente y descendente que efectivamente tiene lugar –según el tamaño relativo de los sectores medios– así como al potencial de movilidad hacia arriba y hacia abajo, según las brechas que separan a unos sectores de otros sean más o menos anchas.

Pero tiene, asimismo, el perjuicio de ser insensible al desplazamiento del nivel de vida en términos absolutos: si toda la sociedad se empobrece –o se enriquece– de manera uniforme, estos indicadores no captan este tipo de movi-

mientos. Esto es especialmente problemático cuando se trata de establecer comparaciones internacionales: en diferentes países los sectores medios pueden asumir parecidas dimensiones –e inclusive pueden ser similares las brechas que los separan de los sectores bajos o de los altos– sin que ello nos diga mucho acerca de su acceso al bienestar. Esto último es más bien una función de las líneas de pobreza establecidas a través de parámetros monetarios.

Al respecto, cabe también señalar que si la pobreza medida de esta última manera se expande, bien puede quedar incluido en ella el estrato medio-bajo o buena parte de él. De modo que la pertenencia a los estratos medios tal como aquí quedan definidos no es incompatible con la pobreza.

Y en cuanto a la desigualdad misma, si ésta se produce en los extremos de la distribución –por ejemplo una transferencia de ingresos desde el decil más bajo al más alto (que incrementa la desigualdad) o al revés, una transferencia del decil superior al inferior (que reduce la desigualdad)– tampoco son acusadas por este método.

Es decir, que se trata de una metodología sensible al angostamiento de la zona central de la pirámide social, por el desplazamiento de sus miembros hacia los extremos: hacia arriba y hacia abajo. Se trata, precisamente, de un proceso como el que tuvo lugar en la Argentina desde mediados de los años 70 hasta luego de la crisis de 2001: por ello, la pertinencia de su empleo en este trabajo, sin ignorar sus limitaciones.

Para contemplar el análisis, se emplearán en forma adicional otras medidas usuales de la desigualdad, tales como la brecha de ingresos entre los deciles extremos y el coeficiente de Gini.

3. La estratificación social en perspectiva histórica

Una mirada rápida nos informa acerca de las principales tendencias observables a lo largo de más de 35 años. El estrato “desfavorecido” comenzó a crecer persistentemente desde 1974, hasta duplicar su peso en la estructura social en 2002. Recién en los últimos cuatro años comenzó a retroceder.

El incremento se mostró gradual entre 1974 y 1982, años en los que pasó de representar menos de 13% a 17% del total de hogares. Se aprecia una leve inversión de esta tendencia coincidente con el período inicial de la recuperación de la democracia, para luego acusar los efectos del episodio hiperinflacionario que marcó el final del gobierno radical de Raúl Alfonsín. Hacia fines de 1989 el sector “desfavorecido” representaba 19% de los hogares: casi una quinta parte de ellos.

Ya durante el gobierno justicialista de Menem, ese peso no varió durante la primera etapa de la convertibilidad (hasta 1995) pero de allí en más, tras la crisis Mexicana, se advierte un nuevo empinamiento del peso de los hogares “desfavorecidos” que luego se acentúa con el golpe inflacionario vinculado a la salida del régimen de convertibilidad. En ese momento poco menos de la cuarta parte de los hogares integraba este estrato inferior. De allí en más se advierte una inversión e la tendencia, incipiente hasta 2006 y más firme entre ese año y 2010, cuando el estrato bajo pasa a representar menos de 19% del total, nivel muy semejante al registrado en 1989, al comienzo de la serie.

Podría decirse que las ganancias y pérdidas del estrato inferior ocurren por entero a expensas del estrato medio-bajo, que pasa de 35% a 27% entre 1974 y 2002: es el empobrecimiento de los sectores medios, repetidamente señalado en la literatura (Minujín, 1993; Minujín y Kessler, 1995), que también comienza a revertirse entre 2006 y 2010.

De representar establemente el 35% de los hogares entre 1974 y 1980, este segmento medio-bajo sufre su primera reducción en 1982, año de la guerra de Malvinas y de fuerte colapso económico del régimen militar gobernante. Se estabiliza en alrededor de un tercio del total entre esa fecha y 1985, para luego sufrir el empobrecimiento de muchos de sus miembros y ver mermado su peso al impacto de la hiperinflación, en 1989.

Ya no recupera su volumen que permanece cercano al 30% hasta 1995. Y es sin duda ese sector el que experimenta movilidad descendente tras la crisis mexicana, que marca el quiebre de la etapa exitosa de la convertibilidad: se contrae fuertemente de allí en más hasta alcanzar menos de 27% en 2002, tras

el colapso del régimen de paridad cambiaria. Una incipiente recuperación apenas se vislumbra en 2006 y se afirma entre ese año y 2010, cuando el estrato comienza a nutrirse del ascenso de los hogares situados en el estamento inferior.

El estrato medio-alto también pierde peso: pasa de 28% a 18% entre los extremos, aunque también él revierte esa pérdida entre 2006 y 2010. En este caso, presuntamente, la reducción se debió a una movilidad ascendente: hacia el estrato acomodado, relacionada con la mayor concentración del ingreso en la parte superior de la distribución. En efecto, el estrato acomodado crece hasta 2002 –por ascenso de los sectores medio-altos– y recién retrocede en los últimos cuatro años.

Veamos más pormenorizadamente esa evolución: entre 1974 y 1980 es muy claro el “despegue” hacia arriba: el estrato medio-alto pierde casi seis puntos que son simétricamente ganados por el “acomodado”. Se mantiene relativamente estable –representando aproximadamente un quinto de los hogares totales– hasta 1985. Y con la hiperinflación vuelve a reducirse, alrededor de dos puntos porcentuales.

Sin embargo, la ganancia experimentada por el estrato “acomodado” es mayor a esa reducción. Tal parece que una parte de la pérdida del estrato medio-alto se compensara con un ascenso desde el inmediato inferior. Efectivamente, se constata que el sector medio-bajo sufre una reducción de cuatro puntos porcentuales: tres de ellos corresponderían a hogares que descienden al inmediato inferior y uno a hogares que ascienden al inmediato superior.

Este segmento superior de los estratos medios se recupera algo con el primer tramo de la convertibilidad, a expensas del sector acomodado. Probablemente ello ocurre cuando la estabilidad permite recomponer los ingresos de los hogares y eleva el valor del ingreso mediano, haciendo menos franqueable ese límite. Pero en 1998 ha tornado a achicarse y a “transferir” hogares al estrato superior. Esta tendencia se continúa hasta 2002 y, al igual que en los casos anteriores, experimenta un quiebre a partir de esa fecha: en los dos períodos siguientes, ambos de cuatro años de duración (2002/2006 y 2006/2010), el es-

trato superior pierde dos puntos en cada oportunidad que van a acrecentar el peso del estrato medio-alto. Ello ocurriría a causa de una menor concentración del ingreso.

De resultados de esta trayectoria declinante, el conjunto de los estratos medios reduce su peso en el total a lo largo del período analizado, de alrededor de dos tercios en 1974 a menos de 43% en 2002. La recuperación posterior la permite alcanzar, en 2010, a cobijar a la mitad de los hogares. No en vano se ha hablado tan insistentemente de una declinación de la clase media (Minujín, 1993; Minujín y Kessler, 1995) en el largo lapso que arranca con la dictadura militar y llega al colapso de la convertibilidad: el de vigencia del llamado modelo neoliberal o también “aperturista” (Torrado, 1992).

**Cuadro 1. Evolución de la estructura social y la desigualdad urbanas (1974 – 2010): indicadores seleccionados
Gran Buenos Aires**

Evolución de la estructura social	1974	1980	1982	1985	1989	1995	1998	2002	2006	2010
estrato desfavorecido	12,7	14,7	17,0	16,4	18,9	18,6	21,1	23,4	29,8	18,6
estrato medio bajo	35,4	35,2	33,0	33,5	29,5	30,2	28,6	26,6	28,8	31,2
estrato medio alto	28,2	20,8	21,2	19,3	17,7	19,6	17,2	16,1	16,7	19,2
estrato acomodado	23,7	29,2	28,8	30,8	33,9	31,6	33	34	24,8	30,9
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100
Estratos medios	63,6	56	54,2	52,8	47,2	49,8	45,8	42,6	45,5	50,4
Coeficiente de gini *	0,346	0,389	0,414	0,405	0,508	0,483	0,496	0,532	0,446	0,398
Brecha de ingresos**	10,3	12,4	15,3	14,9	29,3	26,4	30,5	41,3	22,3	16,6

*Coeficiente de gini del IPCF (deciles del GBA)

**Brecha de IPCF medio entre los deciles 10 y 1 del GBA

Fuentes: procesamientos propios en base a EPH/INDEC

1974 a 2002: ondas de octubre

2006 y 2010: 4° trimestre

El análisis de estos cambios puede completarse con la información más convencional sobre la desigualdad. El coeficiente de gini, muestra un persistente crecimiento hasta 1989, cuando la desigualdad en aumento da un salto en coincidencia con la hiperinflación. Después, al influjo de la convertibilidad en su primera etapa –la etapa “exitosa” en la que logra controlar la inflación sin que todavía se manifieste un deterioro demasiado pronunciado del empleo– el gini se reduce hacia 1995.

Pero tres años después ha vuelto a crecer: aquí no se trata de la licuación de los ingresos por la inflación sino del creciente deterioro del mercado de trabajo, que no se expresa todavía en la tasa de desempleo (el desempleo baja de 17% en 1995, momento de la crisis mexicana, a 14% en 1998. Pero en cambio, al interior de los ocupados se incrementa la segmentación. Los ocupados a tiempo parcial en forma involuntaria pasaron de 12% en la primera fecha a 14% en la segunda. Y el porcentaje de asalariados sin aportes a la seguridad social –el principal indicador de la precarización del empleo– aumentó de 33,6% en 1995 a 37,3% en 1998. Este último no era un aspecto estrictamente novedoso, porque ya había cobrado su precio aun en el primer quinquenio de los noventa: mientras que en 1989 los trabajadores “en negro” eran 28% del total de asalariados, en 1995 habían sobrepasado el tercio.

La brecha de ingresos es otro indicador de desigualdad, aunque estrictamente no tiene que ver con la suerte corrida por los estratos medios porque se calcula entre los deciles extremos. Pero también así medida, la desigualdad crece de un modo monótono hasta 1985 y luego experimenta un abrupto salto en 1989, por efecto de la hiperinflación: el tamaño de la brecha se duplica en esa última fecha.

Nuevamente, la convertibilidad, en sus primeros años de vigencia permite un reacomodamiento –mientras el empleo aumenta– que reduce levemente esta brecha. Pero esa leve inflexión no invierte sino muy brevemente la tendencia, ya que vuelve a crecer la desigualdad entre 1995 y 1998, para hacerlo más fuertemente con la crisis de 2002, que lleva la brecha a su máximo histórico. En esa fecha se ha multiplicado por cuatro en comparación con el punto inicial de

esta medición. Luego, la recuperación experimentada por los estratos más bajos es espectacular: hacia 2006 la brecha se ha reducido a poco más de la mitad y hacia 2010 equivale a solo 40% de la magnitud alcanzada en 2002.

Pocas dudas deja la evidencia empírica acerca del fuerte proceso de redistribución que tuvo lugar en el país en la última etapa, luego de la crisis de 2002. Como también acerca del persistente deterioro que significaron el quiebre del modelo vigente hasta mediados de los setenta y el lapso que media hasta comienzos de los años dos mil.

Los estratos medios perdieron peso global y se segmentaron internamente entre mediados de los setenta y los primeros años del nuevo siglo (Minujín y Help, 2011). Una parte de ellos descendió y pasó a formar parte de los sectores “desfavorecidos”. Mientras que la parte superior también se despegó, pero hacia arriba, al mejorar su posición relativa e integrarse a un sector “acomodado” que se ensanchó.

La pirámide, pues, se adelgazó en su parte media y se ensanchó en los extremos. Pero además de afectar a la clase media, ya hemos visto que el aumento de la desigualdad alteró de un modo dramático la relación entre los extremos de la pirámide.

El sector “acomodado”, por su parte, que se mostraba muy concentrado en el inicio de la serie, fue aumentando su permeabilidad a flujos provenientes de el sector medio-alto (Dalle, 2010). Y creció sostenidamente hasta la crisis –en la medida en que la desigualdad aumentaba y los ingresos se concentraban– para luego retrotraerse en forma moderada.

Si –tal como se ha afirmado repetidamente (Klisberg, 2005; Dubet , 2011; Hopenhayn, 2010)– la desigualdad es mala en sí misma, es preciso admitir que los cambios que el largo ciclo neoliberal (por denominarlo de algún modo) iniciado en 1976 y culminado en 2002 acarreó a la sociedad argentina fueron decididamente negativos.

4. Los potenciales de movilidad social y sus cambios

Los desplazamientos hacia arriba y hacia abajo están favorecidos u obstaculizados por las brechas relativas entre los ingresos de cada estrato y los límites que los separan del estrato inferior y superior. La magnitud de los primeros puede evaluarse como resistencia a la caída. En tanto que los segundos son el potencial de movilidad ascendente.

El PMD (índice de movilidad potencial de la población desfavorecida) refleja el “potencial de ascenso” del estrato “desfavorecido” al estrato inferior de los sectores medios. Se calcula como el porcentaje que representa el promedio de ingreso de los primeros sobre el ingreso necesario para ascender. Vale igual a la unidad si “todos entran”.

Cuadro 2. Evolución del Índice de movilidad social de la población desfavorecida (1974 – 2010)
Gran Buenos Aires

PMD									
1974	1980	1982	1985	1989	1995	1998	2002	2006	2010
0,653	0,699	0,674	0,673	0,611	0,592	0,575	0,530	0,584	0,594

Fuentes: procesamientos propios en base a EPH/INDEC

1974 a 2002: ondas de octubre

2006 y 2010: 4° trimestre

Ese potencial parece haber sido comparativamente débil en el inicio para unos sectores bajos pequeños pero concentrados. Efectivamente, no llegaban al 13% de los hogares del área en 1974 y se caracterizaban por estar “muy separados”. Podría pensarse que coincidían parcialmente con la pobreza estructural.

Hay que señalar sin embargo que en 1980, al ser medida por primera vez con datos censales, la pobreza extrema, es decir el porcentaje de hogares con necesidades básicas insatisfechas (NBI), alcanzaba al 22% en los partidos del Gran Buenos Aires y no es presumible que fuese menor seis años atrás: esto sugiere que la metodología “relativa” del uso de la mediana como parámetro puede subestimar situaciones de carencia extrema, ya que los sectores “desfavorecidos” así medidos quedaban muy por debajo de los hogares pobres por NBI. Ambos indicadores tienden a converger sin embargo una década más tar-

de: en 1991 los hogares del área con NBI eran el 14,7% mientras que el estrato desfavorecido alcanzaba a 19% en 1989, luego de la hiperinflación. Allí ya aparecía ya el *empobrecimiento*, puesto que el segundo subconjunto excedía al primero: había sectores declinantes sin características de pobreza estructural. Por el contrario, años antes, en una sociedad menos desigual en cuanto a los ingresos, la situación “desfavorecida” subestimaba la carencia y era excedida por la pobreza estructural.

A lo largo de los ochenta, así como el tamaño de los sectores bajos crecía (hasta superar el 16% al promediar esa década), también aumentaba el “potencial de movilidad ascendente”. Es una paradoja: la expansión de los “desfavorecidos” hacía que pasaran a formar parte de este estrato hogares con ingresos algo mayores y más cercanos a la mitad de la mediana. Es un correlato de lo que la literatura de años posteriores mencionará como “la nueva pobreza” para aludir a la declinación de los sectores medios (Minujín y Kessler, 1995).

Ello se ve confirmado si se observa que todo el aumento del estrato desfavorecido ocurre enteramente a expensas del sector medio bajo. Si tuviéramos un estrato “desfavorecido” de tamaño estable, la mejora del índice PMD podría tomarse como un indicador de mejora de la movilidad potencial, pero en el contexto en que se produce revela un fenómeno bien diferente.

Más tarde, ya con la crisis de la hiperinflación y luego en los noventa, se asiste al peor de los escenarios: el tamaño relativo de los sectores bajos crece persistentemente, hasta alcanzar su máxima dimensión luego de la crisis de la convertibilidad (2002), al tiempo que su capacidad de movilidad ascendente retrocede. Pero a partir de la crisis de 2002 hay un notorio cambio de tendencia: el índice de movilidad potencial crece desde 2006, al tiempo que el estrato bajo declina su peso relativo, primero tenuemente y luego más vigorosamente. Esta tendencia resulta corroborada por el comportamiento del resto de los indicadores de desigualdad: en ese lapso retrocede el coeficiente de gini y se reduce de un modo muy importante la brecha entre los deciles extremos.

Había, pues, menos hogares por debajo de la mitad de la mediana y su capacidad para alcanzar ese límite resultaba mayor. En correspondencia con ello, a

partir de esa fecha, serán los sectores medios los que empezarán a recomponerse por su parte baja.

El RES (índice de resistencia de los estratos medios)

El índice de resistencia de los estratos medio-bajos evalúa la capacidad de éstos para mantenerse. Relaciona la distancia de sus ingresos con la mitad de la mediana y resulta una expresión de la magnitud del revés económico que sería necesario para arrastrarlos a la caída. Valores altos y tendientes a la unidad, indican mayor resistencia a la caída. En tanto que valores bajos y tendientes a cero indican que hay “poca brecha” y el riesgo de salir de los estratos medios es alto.

Cuadro 3. Evolución del Índice de resistencia de los estratos medios (1974 – 2010)

Gran Buenos Aires

RES									
1974	1980	1982	1985	1989	1995	1998	2002	2006	2010
0,420	0,503	0,474	0,482	0,435	0,439	0,442	0,487	0,424	0,437

Fuentes: procesamientos propios en base a EPH/INDEC

1974 a 2002: ondas de octubre

2006 y 2010: 4° trimestre

Debe tenerse en cuenta que este estrato se fue achicando gradualmente –por deslizamiento hacia abajo– hasta 2002 y recién revierte esa tendencia hacia 2006 (tenuemente) y 2010 (más vigorosamente).

Entre los hogares que permanecen en el estrato no cambia muy perceptiblemente su “riesgo”: se reduce levemente al principio –cuando se ha producido el “descremado al revés” por movilidad descendente. Pero luego no experimentan grandes cambios hasta la crisis de 2002, donde un nuevo descenso del tamaño del estrato –lo abandonan los más vulnerables de sus integrantes– permite que mejore en promedio la “resistencia a la caída” de los que permanecen en él. Pero luego, esta brecha de resistencia al descenso se acorta hasta la actualidad, así como se reincorporan al estrato hogares provenientes del piso inferior, con ingresos más próximos a la mitad de la mediana. Obviamente-

te, los recién ascendidos tienen más vulnerabilidad a la caída que los que han permanecido establemente en este segmento social.

El PMEM (índice potencial de movilidad de los estratos medios)

Por fin, el PMEN explora la capacidad potencial de los sectores medio-altos para escalar posiciones, experimentando movilidad ascendente hacia el sector acomodado. Esa potencialidad parece comportarse de una manera extrañamente contracíclica: se incrementa cuando las condiciones desmejoran para los demás.

Cuadro 4. Evolución del Índice potencial de de movilidad de los estratos medios (1974 – 2010)
Gran Buenos Aires

PMEM									
1974	1980	1982	1985	1989	1995	1998	2002	2006	2010
0,398	0,475	0,434	0,413	0,471	0,417	0,472	0,454	0,406	0,431

Fuentes: procesamientos propios en base a EPH/INDEC

1974 a 2002: ondas de octubre

2006 y 2010: 4° trimestre

¿Qué explicación hipotética admite este comportamiento? Se trata de la imagen invertida de lo que hemos visto en el apartado anterior: un fenómeno opuesto al que sucede en los sectores medio-bajos. Cuando el estrato medio se ensancha a través de la movilidad ascendente –se supone que la movilidad de *recorrido corto*, desde el estrato medio-bajo– entonces son los recién ascendidos los que están más cerca del límite inferior. Y es improbable que puedan exceder el límite superior, pasando a integrar el sector acomodado: lo que representaría una migración ascendente de *recorrido largo* en un lapso relativamente breve.

En cambio, cuando el estrato se estrecha porque los hogares menos ricos de entre sus integrantes pasan a ser medio-bajos, los que quedan son los que tienen, en promedio, mayor potencialidad para subir.

5. Conclusiones

La secuencia examinada revela varias cuestiones, que procuraremos sintetizar en estos párrafos finales.

Una reflexión sobre el procedimiento empleado para delimitar a los estratos medios nos dirá que el mismo responde más a la concepción estricta y literal de *estratos medios* –los que están *en el medio*– que a las definiciones que podrían identificarlos en relación con el acceso a ciertos parámetros de bienestar o con los atributos relacionados con la ocupación o el nivel educativo que han solido emplearse frecuentemente para definir a las clases medias.

Tal como los define esta metodología –debe resaltarse– la pertenencia a los estratos medios no es incompatible con la pobreza por ingresos en momentos en que ella se expande mucho. Como tampoco lo es –y esto parece más grave– con ciertas condiciones que –aun en ausencia de un déficit en los ingresos corrientes– significan una privación en relación con los parámetros normativos vigentes. Tal como vimos, en el inicio de esta serie el tamaño del “sector desfavorecido” en función de los ingresos corrientes era menor al de la población con necesidades básicas insatisfechas.

Los indicadores de potencialidad de movilidad social entre estratos contiguos se relacionan bastante estrechamente con un aspecto importante que discute Dubet (2011), al contraponer las políticas que propician acercar las posiciones y las que procuran nivelar las oportunidades. “El mejor argumento a favor de la igualdad de posiciones es que cuanto más se reducen las desigualdades entre posiciones, más se eleva la igualdad de oportunidades (...) es más sencillo desplazarse en la escala social cuando las distancias entre las diferentes posiciones son relativamente estrechas” (Dubet, 2011: p. 99).

En la medida en que los estratos medios crecen y su potencial de ascenso aumenta, estamos frente a una aproximación de las posiciones. Y otro tanto sucede cuando los estratos desfavorecidos incrementan su probabilidad de aproximarse a los estratos medios. En ambas situaciones las posiciones se

hacen menos desiguales y esto conduce a su vez a igualar las oportunidades. Lo inverso sucede cuando la situación de los sectores medios incrementa su vulnerabilidad y corren el riesgo de deslizarse hacia los estratos desfavorecidos: es decir, el riesgo de empobrecimiento.

La evidencia empírica aquí examinada sugiere que desde mediados de los años setenta hasta la crisis producida a comienzos de la primera década del nuevo siglo, las posiciones sociales se hicieron cada vez más distantes y las oportunidades de movilidad ascendente intrageneracional se tornaron –por ello– más esquivas. Al revés, en lo que va desde el repunte posterior a la crisis hasta la actualidad el proceso fue el inverso: tuvo lugar un acercamiento de posiciones y un incremento de las oportunidades de ascenso social. Estas conclusiones conciernen específicamente a los sectores populares, si se engloba en ellos al estrato “desfavorecido” y al estrato medio-bajo. No así al estrato medio-alto, que se vio acrecentado en la primera etapa por el ascenso de nuevos integrantes y, en razón de ello, en promedio se vio más alejado de un estrato superior más permeable y menos concentrado que en los años setenta, pero que se ha reducido moderadamente desde la crisis.

Tal como lo afirman Minujín y Help (2011):

“El avance en la distribución del ingreso implica no sólo que la situación de los sectores pobres ha mejorado, sino también la de los sectores medios, en particular la de aquellos que conformaron en los '90 la llamada “nueva pobreza” y que al presente pareciera que han salido de esta situación. De esta manera, se está revirtiendo el aumento de la concentración del ingreso y de la inequidad, resultado de las políticas neoliberales...”.

Notas bibliográficas

Altimir, O. y Beccaria, L. (2000). “El mercado de trabajo en el nuevo régimen económico en Argentina”. En Heymann, D. Y Kosacoff, B. (Editores). *La Argentina de los noventa. Desempeño económico en un contexto de reformas*. Buenos Aires: EUDEBA.

Beccaria, L., Esquivel, V. y Maurizio, R. (2007). "Crisis y recuperación. Efectos sobre el mercado de trabajo y la distribución del ingreso". Ponencia presentada en el V Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo (ALAST). Montevideo. Abril de 2007.

Canitrot, A. (1981). "Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981". Desarrollo Económico N° 82. Julio/setiembre 1981. IDES.

Dalle, P. (2010). "Estratificación social y movilidad en Argentina (1870-2010). Huellas de su conformación sociohistórica y significados de los años recientes" en Revista de Trabajo. Año 6 – N° 8. Ministerio de Trabajo Empleo y Seguridad Social.

Dubet . M. (2011). *Repensar la justicia social*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Hopenhayn, M. (2010). Entrevista en Revista de Trabajo. Año 6 – N° 8. Ministerio de Trabajo Empleo y Seguridad Social.

Katz J. y Kosacoff, B. (1989). *El proceso de industrialización en la Argentina: evolución, retroceso y prospectiva*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Klisberg, B. (2005) *La agenda ética pendiente de América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Minujín, A (1993). *Cuesta abajo: los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Losada.

Minujín, A. y Help, C. (2011). "Clase media, una chica fácil para los galanes de clase alta" en periódico Miradas al Sur del 3/7/2011.

Minujín, A. y Kessler, G. (1995). *La nueva pobreza en la Argentina*. Buenos Aires: Planeta.

MTESS (Ministerio de Trabajo Empleo y Seguridad Social) (2007). "Comparación entre el actual patrón de crecimiento y el régimen de convertibilidad". MTESS.

Novick, M. (2006). “¿Emerge un nuevo modelo económico y social? El caso argentino 2003-2006”. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*. N° 18. Montevideo. ALAST.

OCDE (2010). *Perspectivas económicas de América Latina 2011. En qué medida es clase media América Latina*. Centro de Desarrollo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

Palomino, H. (1988). *Cambios ocupacionales y sociales en Argentina. 1947 – 1985*. Buenos Aires: CISEA.

Palomino, H. (2007). “Transiciones del empleo en Argentina: del ‘régimen de precarización’ a un ‘régimen de regulación’ del trabajo”. Ponencia presentada en el V Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo (ALAST). Montevideo. Abril de 2007.

Pou, P. (2000). Artículo publicado en *Finanzas y Desarrollo*, Volumen 37, Numero 1.

Schvarzer, J. (1983). *Martínez de Hoz: la lógica política de la política económica*. Buenos Aires: CISEA.

Torrado, S. (1992). *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*. Buenos Aires: Ediciones De la Flor.

Torrado, S. (2010). “La Argentina que el ajuste nos legó”. Entrevista en *Revista Ñ*, suplemento cultural del diario Clarín 17/10/2010.